

SILVINA OCAMPO | ADOLFO BIOY CASARES

LOS QUE AMAN, ODIAN



Adolfo Bioy Casares / Silvina Ocampo
LOS QUE AMAN, ODIAN



I

Se disuelven en mi boca, insípidamente, reconfortantemente, los últimos glóbulos de arsénico (*arsenicum album*). A mi izquierda, en la mesa de trabajo, tengo un ejemplar, en hermoso Bodoni, del *Satyricón*, de Cayo Petronio. A mi derecha, la fragante bandeja del té, con sus delicadas porcelanas y sus frascos nutritivos. Diríase que las páginas del libro están gastadas por lecturas innumerables; el té es de China; las tostadas son quebradizas y tenues; la miel es de abejas que han libado flores de acacias, de favoritas y de lilas. Así, en este limitado paraíso, empezaré a escribir la historia del asesinato de Bosque del Mar.

Desde mi punto de vista, el primer capítulo transcurre en un salón comedor, en el tren nocturno a Salinas. Compartían mi mesa un matrimonio amigo —diletantes en literatura y afortunados en ganadería— y una innominada señorita. Estimulado por el *consommé*, les detallé mis propósitos: en busca de una deleitable y fecunda soledad —es decir, en busca de mí mismo— yo me dirigía a ese nuevo balneario que habíamos descubierto los más refinados entusiastas de la vida junto a la naturaleza: Bosque del Mar. Desde hacía tiempo acariciaba yo ese proyecto, pero las exigencias del consultorio —pertenezco, debo confesarlo, a la cofradía de Hipócrates— postergaban mis vacaciones. El matrimonio asimiló con interés mi franca declaración: aunque yo era un médico respetable —sigo invARIABLEMENTE los pasos de Hahnemann— escribía con variada

fortuna argumentos para el cinematógrafo. Ahora la Gaucho Film, Inc., me encarga la adaptación, a la época actual y a la escena argentina, del tumultuoso libro de Petronio. Una reclusión en la playa era imprescindible.

Nos retiramos a nuestros compartimientos. Un rato después, envuelto en las espesas frazadas ferroviarias, todavía entonaba mi espíritu la grata sensación de haber sido comprendido. Una súbita inquietud atemperó esa dicha: ¿no había obrado temerariamente? ¿No había puesto yo mismo en manos de esa pareja inexperta los elementos necesarios para que me arrebataran mis ideas? Comprendí que era inútil cavilar. Mi espíritu, siempre dócil, buscó un asilo en la anticipada contemplación de los árboles junto al océano. Vano esfuerzo. Todavía estaba en la víspera de esos pinares... Como Betteredge con *Robinson Crusoe*, recurrí a mi Petronio. Con renovada admiración leí el párrafo

Creo que nuestros muchachos son tan tontos porque en las escuelas no les hablan de hechos reales, sino de piratas emboscados, con cadenas, en la ribera; de tiranos preparando edictos que condenan a los hijos a decapitar a sus propios padres; de oráculos, consultados en tiempos de epidemias, que ordenan la inmólación de tres o más vírgenes...

El consejo es, todavía hoy, oportuno. ¿Cuándo renunciaremos a la novela policial, a la novela fantástica y a todo ese fecundo, variado y ambicioso campo de la literatura que se alimenta de irrealidades? ¿Cuándo volveremos nuestros pasos a la picaresca saludable y al ameno cuadro de costumbres?

Ya el aire de mar penetraba por la ventanilla. La cerré. Me dormí.

II

Cumpliendo estrictamente mis órdenes, el camarero me despertó a las seis de la mañana. Ejecuté unas breves abluciones con el resto de la media Villavicencio que había pedido antes de acostarme, tomé diez glóbulos de arsénico, me vestí y pasé al comedor. Mi desayuno consistió en una fuente de frutas y dos tazas de café con leche (no hay que olvidarlo: en los trenes el té es de Ceylán). Lamenté no poder explicar a la pareja que me había acompañado durante la cena de la víspera algunos detalles de la ley de propiedad intelectual; iban mucho más allá de Salinas (hoy Coronel Faustino Tambussi), y sin duda intoxicados por los productos de la farmacopea alopática, dedicaban al sueño esas horas liminares de la mañana que son, por nuestra incuria, la propiedad exclusiva del hombre de campo.

Con diecinueve minutos de atraso —a las siete y dos— el tren llegó a Salinas. Nadie me ayudó a bajar las maletas. El jefe de la estación —por lo que pude apreciar la única persona despierta en el pueblo— estaba demasiado interesado en un canje de pueriles aros de mimbre con el maquinista para socorrer a un viajero solitario, apremiado por el tiempo y los equipajes. Acabó por fin el hombre sus tratos con el maquinista y se encaminó hacia donde yo estaba. No soy rencoroso, y ya se abría mi boca en una sonrisa cordial y la mano buscaba el sombrero, cuando el jefe se encaró, como un demente, con

la puerta del furgón. La abrió, se precipitó adentro, y vi caer, amontonadas en el andén, cinco estrepitosas jaulas de aves. Me ahogó la indignación. Para salvarlas de tanta violencia, de buena gana me hubiera ofrecido a cargar con las gallinas. Me consolé pensando que manos más piadosas habían lidiado con mis maletas.

Velozmente me dirigí al patio trasero, para averiguar si el automóvil del hotel había llegado. No había llegado. Sin dilaciones decidí interrogar al jefe. Después de buscarlo un rato, lo encontré sentado en la sala de espera.

—¿Busca algo? —me preguntó.

No disimulé mi impaciencia.

—Lo busco a usted.

—Aquí me tiene, entonces.

—Estoy esperando el automóvil del Hotel Central, de Bosque del Mar.

—Si no le molesta la compañía, le aconsejo que tome asiento. Aquí, siquiera, corre aire —con-sultó su reloj—. Son las siete y catorce, y mire que hace calor. Le soy verdadero: esto va a acabar en una tormenta.

Sacó del bolsillo un pequeño cortaplumas de nácar y empezó a limpiarse las uñas. Le pregunté si tardaría mucho en llegar el automóvil del hotel. Me respondió:

—Mis pronósticos no cubren ese punto.

Siguió absorto en su tarea con el cortaplumas.

—¿Dónde está la oficina de correos? —interrogué.

—Vaya hasta la bomba de agua, más allá de los vagones que están en la vía muerta. Deje a su derecha el árbol, doble en ángulo recto, cruce frente a la casa de Zudeida y no se detenga hasta llegar a la panadería. La casilla de chapas es el

correo. —En el aire mi informante seguía con las manos el minucioso trayecto. Después agregó: —Si encuentra despierto al jefe, le doy un premio.

Le indiqué dónde quedaban mis equipajes, le rogué que no dejara partir sin mí al automóvil del hotel y avancé por ese dédalo abierto, bajo un sol absoluto.

III

Aliviado por las instrucciones precisas que había impartido —toda correspondencia a mi nombre debía remitirse al hotel—, emprendí el regreso. Me detuve junto a la bomba y, después de enérgicos esfuerzos, logré engañar la sed y mojar-me la cabeza con dos o tres chorros de agua tibia. Con paso vacilante llegué a la estación.

En el patio había un viejo Rickenbacker cargado con las jaulas de las gallinas. ¿Hasta cuándo tendría yo que esperar en ese infierno el automóvil del hotel?

En la sala de espera encontré al jefe conversando con un hombre abrigado con una gruesa campera. Éste preguntó:

—¿El doctor Humberto Huberman?

Asentí. El jefe me dijo:

—Ya cargamos su equipaje.

Es increíble la felicidad que estas palabras me produjeron. Sin mayor dificultad logré intercalarme entre las jaulas. Iniciamos el viaje hacia Bosque del Mar.

El camino, durante las primeras cinco leguas, consistió en una sucesión de pantanos; el progreso del meritorio Rickenbacker fue lento y azaroso. Yo buscaba el mar, como un griego del *Anabasis*: ninguna pureza en el aire parecía anunciarlo. En torno a un bebedero, una majada inmóvil creía guarecerse en las endebles rayas de sombra que proyectaba un molino. Mis compañeros de viaje se agitaban en sus jaulas. Cuando el automóvil

se detenía en las tranqueras, diríase que un polvillo de plumas, como un polen de flores, se propagaba en el ambiente, y una efímera sensación olfativa traía a mi memoria un feliz episodio de la infancia, con mis padres, en los gallineros de mi tío, en Burzaco. ¿Confesaré que durante algunos minutos logré refugiarme, en medio de los sacudones y del calor, en la prístina visión de un huevo pasado por agua, en una taza de porcelana blanca?

Llegamos, por fin, a una cadena de médanos. Divisé a la distancia una franja cristalina. Saludé al mar: *Thalassa!... Thalassa!...* Se trataba de un espejismo. Cuarenta minutos después divisé una mancha violeta. Grité para mis adentros: *Epi oinopa ponton!* Me dirigí al *chauffeur*.

—Esta vez no me equivoco. Ahí está el mar.

—Es flor morada —contestó el hombre.

Al rato sentí que los baches habían cesado. El *chauffeur* me dijo:

—Tenemos que andar ligero. La marea sube dentro de unas horas.

Miré a mi alrededor. Avanzábamos lentamente por unos tablones, en medio de una extensión de arena. Entre los médanos de la derecha aparecía, lejano, el mar. Pregunté:

—Entonces, ¿por qué anda tan despacio?

—Si una rueda se desvía de los tablones, nos enterramos en la arena.

No quise pensar en lo que pasaría si nos encontrábamos con otro automóvil. Estaba demasiado cansado para preocuparme. Ni siquiera advertí la frescura marítima. Logré articular la pregunta:

—¿Falta mucho?

—No —contestó—. Ocho leguas.